MAXIMINO MARTINEZ (1888-1964)

por JERZY RZEDOWSKI

Nacido en el seno de una familia pobre, no tuvo oportunidad de obtener alta preparación académica, pero gracias a su laboriosidad, constancia y empeño pronto destacó como figura relevante. Durante 38 años fue activo en la enseñanza, prácticamente a todos los niveles. Su labor de investigador botánico, durante largos períodos realizada con recursos propios y sin apoyo de institución alguna, lo hizo merecedor de amplio reconocimiento científico. Tal reconocimiento por regla general fue mayor en el extranjero que en su país natal, a pesar de que en su obra se nota una constante preocupación por abordar problemas de interés para el desarrollo económico e intelectual de México. Sus trabajos más importantes y de mayor resonancia versan sobre la sistemática de coníferas mexicanas.

La Sociedad Botánica de México es hija legítima de Maximino Martínez, quien la concibió, organizó y mantuvo viva durante sus primeros dos lustros de existencia. Fundó asimismo el Boletín de la Sociedad y fue su editor por espacio de 14 años. Trabajó hasta pocos días antes de su muerte, pero nunca pretendió renombre ni fama y no buscó cargos administrativos o políticos, pues a ello se oponían la sencillez y la modestia de su carácter y sobre todo la trayectoria limpia de un hombre dedicado íntegramente al estudio y, a través de éste, al bien de la Patria. Su vida y su obra brillarán como modelo para generaciones venideras de botánicos mexicanos y servirán de guía para los que por influencias de la moda, por comodidad, o por otras razones pierdan de vista los objetivos que a sus hombres de ciencia impone el progreso del país.

EL PROFESOR MAXIMINO MARTINEZ

por FAUSTINO MIRANDA†*

Es una pena que la Universidad no haya tomado la iniciativa en este póstumo homenaje al Profesor Maximino Martínez, ya que en ese centro cultural o en la Dirección de Estudios Biológicos, institución de la cual fue la Universidad la heredera directa, se realizó la mayor parte del acucioso trabajo de este destacado botánico mexicano. Pero ya en cierto modo nos vamos acostumbrando a este mutismo universitario, pues no mucho antes de la muerte del Prof. Martínez, la desaparición del preclaro zoólogo Dr. Enrique Rioja no despertó casi ningún eco en nuestra máxima casa de estudios y fue la Sociedad Mexicana de Historia Natural la que recabó para sí el honor de rendir, en sesión solemne, el merecido homenaje póstumo al insigne hidrobiólogo. Es posible que esa actual desobligación de los universitarios hacia sus valores tenga algo que ver con la desorientación producida por la superabundancia de reglamentos que actualmente los agobian, y entre cuya enrevesada maraña de artículos, preceptos e instructivos fácilmente pierden, como Dante, la directa vía de la virtud y la justicia.

Hay en toda institución varias clases de individuos. Unos dan más de lo que el deber les exige, otros dan justamente lo que el deber les exige y otros finalmente, dan menos de lo que se les exige. Este último caso, puede deberse a mala fe o a incapacidad. En el primer caso se aúnan por lo común, el esfuerzo sostenido y la capacidad; el primero, es decir, el esfuerzo sostenido, se hace posible sólo por el entusiasmo al servicio de una causa justa. Esta no puede ser sustituida por el servicio de sí mismo, que es egoísmo o vanidad, lo que no es una causa justa, ya que busca la ventaja para uno o para unos pocos y no para muchos. Los hombres que consagran su esfuerzo y capacidad, sin restricciones, al servicio de una causa justa, son los hombres a quienes la humanidad honra y pone como ejemplo, pues al mismo tiempo la humanidad tiene una deuda con ellos y al mismo tiempo han de servir de estímulo. De esos hombres era el Prof. Martínez, como lo era también el Dr. Rioja. Participan en algo de la madera de los antiguos héroes, que eran, por decirlo así, una clase de transición entre los hombres y los dioses.

Hay una novela, que no recuerdo haber leído, cuyo humorístico y sugestivo título reza así: "Los generales mueren en la cama", o algo parecido. Esta sen-

* Palabras pronunciadas en el acto de homenaje póstumo a Maximino Martínez, efectuado en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas en 1964.

tencia parece indicar que los generales no son nunca héroes, pues, dada su profesión, si lo fueran, deberían morir en el campo de batalla. El humorismo de la sentencia radica en su fondo de verdad y en su exageración. El Prof. Martínez, quizá porque tenía algo, como dijimos, de la madera de los antiguos héroes, no fue nunca general, lo mismo que no lo fue el Dr. Rioja. Aun más, el Prof. Martínez estuvo a punto de morir en el campo de batalla, es decir, en el pacífico campo de batalla del laboratorio, donde el hombre de ciencia honesto libra incruentos combates con las indiferentes fuerzas de las que uno mismo forma parte, para arrancarles sus secretos y ponerlos al servicio de la humanidad, pues no existe, como es natural, ciencia aplicada sin la ciencia pura, ya que la ciencia es una, como es uno el conocimiento, aunque el objeto del mismo, lo mismo que su finalidad, puedan cambiar.

El Prof. Martínez, en efecto, en los últimos días de su vida, aun a riesgo de terminar con ésta más pronto de lo que sus fuerzas todavía permitían, se obstinaba por proseguir su trabajo, y no hubo fuerza humana capaz de hacerle desistir de que acudiera, como siempre, a su laboratorio. Era un espectáculo sumamente enternecedor verle llegar o salir de su mínimo cuarto de trabajo, cuando ya era presa de una gran debilidad, casi tambaleante, con inseguro paso, y haciendo frecuentes altos en su marcha. No valieron los consejos de los amigos, ni las seguridades del Director del Instituto de Biología, para lograr que se quedara en casa de descanso, recuperando sus fuerzas, una temporada. En la mañana del lunes 10. de junio, después de las vacaciones de primavera, urgió a algunos de sus familiares para que le ayudaran a vestirse, pues le era necesario acudir a su trabajo, a su cita con la ciencia, aunque ya no pudo hacerlo dado su estado de extrema debilidad. Al día siguiente había dejado de existir.

En lo que antecede, hemos visto algunos rasgos de la personalidad del Prof. Martínez, veamos ahora algunas características de su obra.

La obra científica del Prof. Martínez se desenvuelve fundamentalmente en el período posrevolucionario. No sabemos que haya tomado parte activa en la lucha, pero resulta evidente de la observación de sus ideas, casi siempre escondidas bajo un manto de aparente indiferencia, que es hijo espiritual de la revolución mexicana.

Después del gran trasiego revolucionario, forma en las filas de recuperación científica organizadas, bajo la dirección de don Alfonso L. Herrera, en la Dirección de Estudios Biológicos.

En la relativa tranquilidad de este incipiente ambiente científico, comienzan a aparecer sus obras de recopilación; en primer lugar (1923) el "Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas". El Prof. Martínez declara

en la "Introducción" que para el arreglo de esta sinonimia "toma como base la de los señores Ramírez y Alcocer".

En sucesivas ediciones del "Catálogo" se aumentan enormemente el número de nombres recopilados en el mismo. Por desgracia, en la edición de 1937 se elimina la autoridad sobre la que descansa la determinación botánica del nombre vulgar, con lo que el "Catálogo" pierde algo de su valor científico. Actualmente, se encuentra terminada la última edición muy aumentada y mejorada del Catálogo. Fue presentada a la comisión de publicaciones de la Universidad, que por alguna razón no la publicó. Esperamos que en algún momento dicha comisión reconsidere su decisión.

Otra de las líneas del trabajo del Prof. Martínez, que probablemente comenzó a desarrollarse durante sus años de jefe de la sección de Botánica de la Dirección de Estudios Biológicos o del Museo de Historia Natural, es la de reunir los datos existentes acerca de las propiedades útiles, especialmente las medicinales, asignadas a plantas mexicanas. Sigue en ello el Prof. Martínez la tradición de Sahagún, Hernández, Ximénez, en tiempos antiguos, y de Herrera, Altamirano, Ramírez, etc., en tiempos más recientes. El resultado es la publicación en 1928 de su libro "Las plantas más útiles que existen en la República Mexicana" y posteriormente, en 1934, de su importante obra "Las plantas medicinales de México"; ambos libros son fuente inagotable de información para todas aquellas personas interesadas en las aplicaciones, especialmente las medicinales, de las plantas de una de las floras más variadas del mundo, ya usada en un sentido empírico desde tiempos muy remotos, o investigada científicamente en tiempos más modernos.

La inquietud científica del Prof. Martínez, y sus dotes de investigador minucioso, lo mueven a penetrar, hacia 1938, en un nuevo campo de la Botánica, el de la investigación taxonómica pura, aunque conservando un cierto matiz de aplicación a los estudios forestales. En 1940, en el tomo once de los Anales del Instituto de Biología, aparecen sus primeros descubrimientos en dicho campo, siendo de resaltar sobre todo la descripción de una nueva variedad de pino blanco (*Pinus strobus*), especie hasta entonces conocida solamente del Este de Estados Unidos de América, y de una nueva especie de haya (*Fagus*), género sólo conocido en América de la región indicada. En estos temas de Taxonomía de árboles, sobre todo los de tierras templadas y frías de México, trabaja el Prof. Martínez hasta su muerte y trabaja en lo más difícil. En primer lugar, con la taxonomía de las Pináceas cuya revisión (An. Inst. Biol. Univ. Nac. Autón. México) completa en 1950, y posteriormente con la intrincada taxonomía de las

especies mexicanas del género *Quercus*, cuya revisión, que ha ido apareciendo poco a poco (l. c) no pudo, desgraciadamente, terminar.

Otros descubrimientos del Prof. Martínez que poseen destacada importancia taxonómica comprenden el de un nuevo género, *Balmea* (Rubiaceae), que describió en Bulletin of the Torrey Botanical Club 69:438. 1942, y el de la identificación del "palo morado" (*Peltogyne mexicana* Martz.), curiosa especie de un género principalmente sudamericano, que era sólo conocido por un ejemplar de madera existente en las colecciones de la Universidad de Yale.

RECUERDOS DEL PROFESOR MAXIMINO MARTINEZ

por IDA K. LANGMAN

Conocí al profesor Martínez en 1948, cuando vine a México a continuar mis investigaciones en la bibliografía de la flora mexicana. Había venido con un plan de trabajo, según el cual iba a pasar la primera parte de mi estancia en la biblioteca del Instituto de Biología, que se encontraba en aquel entonces en la Casa del Lago en el Bosque de Chapultepec. Llegué con el propósito de revisar todos los libros, revistas y folletos, relacionados con la botánica que existían ahí y siguiendo el arreglo de la biblioteca, me tocó comenzar por el segundo piso. Así es que me proporcionaron una mesa de trabajo, que por fortuna estaba al lado de la mesa donde trabajaba diariamente el profesor Martínez.

Si no recuerdo mal, él llegaba por las tardes como a las tres y trabajaba hasta las siete, por lo menos. Venía siempre vestido de negro; subía la escalera con pasos lentos; me saludaba con mucha cortesía; e inmediatamente se ponía a trabajar. Nunca interrumpía, él mismo, su tarea para charlar o platicar. Dejaba su lugar solamente para buscar algún libro en los estantes. Pero cuando yo le pedía informes o aclaraciones estaba siempre dispuesto a ayudarme con la mejor voluntad. No importaba cuál fuese la pregunta: el nombre científico de alguna planta del que yo había encontrado solamente el nombre vulgar; el nombre completo de algún autor que se citaba solamente por iniciales; o datos biográficos de varios personajes que habían contribuido al progreso de la botánica en México. Y entonces fue cuando a veces extendía sus comentarios para darme una mejor idea de las distintas etapas que México había pasado en el desarrollo de sus instituciones científicas. Pero nunca se prestó a críticas personales, a chismes, o detalles similares; siempre me hablaba en términos objetivos e impersonales.

Me quedé trabajando en el Instituto de Biología por tres meses, y después seguí mis investigaciones en otras bibliotecas de la capital. Pero, muy a menudo, tenía que volver con consultas y así continué viendo al profesor Martínez durante todo ese año que estuve en México y siempre me recibía con la misma cortesía y amistad. Además, asistía sin falta a las reuniones de la Sociedad Botánica, que él mismo había fundado, y siempre hizo todo lo posible para mantener y mejorar la contribución que esta organización hiciera en pro de la botánica en México.

Ya en esos años, él no salía de excursiones, pero mantenía correspondencia con personas en distintas partes del país, a quienes siempre animaba a hacer colecciones de plantas interesantes que pudieran incluirse en el herbario del instituto. Sin embargo, un domingo, se organizó una excursión especial para un matrimonio norteamericano (botánicos, por supuesto) que estaba de paso en México, y entre el grupo de biólogos del instituto a quienes se invitó para participar en esta excursión, se incluyó al profesor Martínez y a mí. Fuimos a Cuernavaca, Tepoztlán y El Tepozteco y me acuerdo, todavía, cómo gozó de esta oportunidad de salir otra vez al campo. Claro, ya no pudo subir la cima de la sierra donde se encuentra el templo de El Tepozteco (y donde vi por primera vez en México un ejemplar de *Rhus radicans*, "poison ivy", que mucho me recordó los alrededores de Filadelfia). El se quedó abajo observando las plantas en el bosque al pie del cerro, y muy contento.

Su buena voluntad de ayudarme en mi trabajo, se expresó con otro gesto más. Cuando se dio cuenta de que yo estaba tratando de hacer la bibliografía lo más completa posible, el profesor Martínez me ofreció la oportunidad de revisar la colección de obras que tenía en su biblioteca particular. Allí, en las mañanas seguíamos el mismo plan de trabajo; él, muy metido en su lectura o escritura, pero siempre listo a dejar su trabajo para contestar mis preguntas.

Su preparación profesional fue en el campo de la educación y nunca perdió su interés por los problemas de los estudiantes. Ayudó a muchos alumnos que acudieron a él, cuando necesitaban identificación de plantas en sus tesis. (Y nunca dejó de corregirme a mí, con una sonrisa amable, cuando cometía uno de los muchos errores que solía hacer cuando comenzaba a hablar en español.)

Desde aquel año, hasta estos últimos en que he tratado de completar la bibliografía, ha habido muchas ocasiones en que he tenido que volver a pedir informes o aclaraciones al profesor Martínez y siempre me ha proporcionado con la mayor rapidez los datos que me faltaban.

Aunque en su preparación académica no había llegado al punto deseado, la compensó con una persistencia formidable en el estudio por su propia cuenta. Siempre se ponía por delante una meta que, con sus conocimientos, podía llevar a cabo y de este modo dejó una gran cantidad de libros y artículos publicados que servirán como monumento imponente a su dedicación a la ciencia.

Por último, puedo decir que el profesor Martínez fue uno de los pocos representantes que quedan de la generación que incluyó en sus miembros a personas como Cassiano Conzatti y Miguel Angel de Quevedo. Ahora, con la muerte del profesor Martínez, esta generación ya va llegando a su fin.